

## PRESENTACION

**Carlos Díaz**

Os saludo a todos muy fraternalmente. A unos os conozco, a otros no. Os saludo en nombre del Instituto Emmanuel Mounier, que nos convoca, y simplemente me toca a mí deciros en un cuarto de hora (no va a ser más) lo que en líneas generales nosotros estamos queriendo, y digo *nosotros* porque a los que estáis aquí de una manera u otra os consideramos parte activa y componentes ya del Instituto, de modo que no habrá diferencias entre la plataforma que lo ha puesto en marcha y aquellos que están llegando después. De verdad no va a haber ningún tipo de burocracia, y nuestro interés es que esto funcione de una manera diferente a como suelen funcionar las cosas. Por tanto, yo soy el primer portavoz, en este momento, y luego, a desaparecer, para que se cumpla el orden del día. Habéis recibido dos envíos que hemos hecho. Uno primero, con letra de imprenta, diciendo genéricamente lo que queremos (más directamente debido a Manuel Maceiras, que está aquí con nosotros), junto con una pequeña carta que hicimos los demás. Y después habéis recibido un breve manifiesto en dos hojas con esta convocatoria. Hoy os damos también un cuestionario del que se han hecho cien fotocopias, que ya tendréis cada uno de vosotros y habréis leído. Mi interés sería que a lo largo del día de hoy nos fuéramos conociendo, a ser posible que nos presentáramos y, si no es posible individualmente, que al menos por grupos autonómicos más adelante, a lo largo del día, nos fuéramos reuniendo, porque tenemos una lista de personas venidas de cada autonomía, y en esa medida conviene que la gente que está dispersa se conozca para comenzar a trabajar.

En este momento somos aproximadamente 60 miembros del Instituto Emmanuel Mounier, entendiendo por tales personas que han respondido y que han hecho una aportación económica que necesitamos para sobrevivir. Dado que no tenemos un duro, esa aportación que pedíamos era de 10.000, 5.000 ó 1.000 pesetas, pero puede ser de 100 pesetas si alguien no tiene más, de manera que tampoco el monto o la cuantía de la aportación define el grado de adscripción, o de interés o de parentesco espiritual. Y para este grupo que ya somos ha-

biamos hecho unos carnets (la mínima burocracia con la máxima ilusión), pero los *fata morgana* de las imprentas nos han hecho una guarrada: nos han puesto Instituto Emmanuel Mounier. De todas las maneras, así como los filatélicos coleccionan los sellos con defectos, y éstos tienen más valor, podríamos también coleccionar este tipo de carnets defectuosos, que representan un poco el espíritu de este Instituto. Los hemos traído, pues, para vosotros; ahora bien, si alguien dice que es indigno tener un carnet con una errata, que además está en mayúscula, pues entonces tendríamos que pensar en hacer carnets nuevos. De todas maneras, yo me voy a apuntar al viejo.

Los que hemos puesto en marcha al Instituto, más o menos, venimos conociéndonos hace tiempo. En principio, gratuitamente, espontáneamente, azarosamente, surgió la idea de reunirnos para fundar esto: era el invierno pasado, pero muchos de nosotros venimos trabajando desde el año sesenta y nueve hasta hoy, que son ya quince años, sin parar, escribiendo, viajando, hablando, padeciendo y gozando. De manera que hay otros que todavía más atrás del sesenta y nueve, por ejemplo Julián Gómez, y otros más acá, porque no tienen tanta edad. Diríamos que somos varias generaciones trabajando juntas, y en eso también tenemos mucha ilusión. Lo ideal sería que fueran generaciones todavía más jóvenes las que potenciarían con su savia nueva la marcha del Instituto.

Hemos tenido ingresos de 279.100 pesetas, ahí tenéis el detalle, y gastos de 109.520, que se han ido exclusivamente en imprenta y en sellos. Hemos enviado 3.000 sobres, de esos que habéis recibido con el manifiesto que escribí Maceiras, y de esos 3.000 sobres nos han contestado 97 personas, no sé si es un buen porcentaje: de 3.000, 100.

Naturalmente, son personas cualificadas, no nos hemos dirigido al azar a ellas; de alguna manera sospechábamos que podían estar interesadas.

Vosotros veréis si es alto o bajo el porcentaje. Y de esas 97 personas, hasta el presente, aproximadamente ese número que os dije antes es ya socio.

En una segunda convocatoria, para hoy hemos mandado aproximadamente 350 sobres, y estamos hoy aquí las personas que estamos. Esto no es una presentación pública, es un encuentro cara a cara de los que, de alguna forma, ya estamos interesados en el proyecto. Estudiar las posibilidades de hacer otros lanzamientos sería posterior.

Y ahora muy brevemente os diré, sin anticipar sentencia, porque esto va a ser objeto de tratamiento ulterior, qué es lo que queremos y por qué estamos aquí. Nosotros estamos muy poco de acuerdo con lo que se está sustanciando en la vida de nuestro pueblo. No nos gusta ni en su vertiente de derechas, ni en su vertiente de izquierdas, ni en su vertiente de centro. Vemos demasiadas insuficiencias en cada uno de estos grupos, y en general podemos decir que está ausente un ámbito de reflexión como el que nosotros queremos proponer. Mirad, en este momento hay mucha gente que está diciendo *no* a la OTAN; sin embargo, casi nadie en ningún partido se está diciendo *no* a Europa, *no* al Mercado Común. Yo me pregunto cómo se puede decir *no* a la OTAN y sí al Mercado Común, porque de un análisis muy elemental de los términos se desprende que la OTAN es el brazo armado del Mercado Común, que es, como todos sabéis, el más común de los mercados, donde se compra y se vende la sangre de los po-

bres. A su vez, Europa no es sino el reflejo de lo que ocurre en Estados Unidos, cuya idolatría por el dinero y por Mamón todos conocéis. Yo me pregunto si esto es el *desideratum* último y el punto de aspiración de personas como nosotros. Sinceramente, no se puede decir *no* a la OTAN y sí al Mercado Común. No se puede decir *no* a la OTAN y sí al AES. No se puede decir *no* a la OTAN y sí a Europa. Primer punto, pues, reivindicamos una vocación que no grandilocuentemente podría ser defendida como tercermundista en un sentido muy sencillo: el sentido de que todavía podemos estar a tiempo de ofrecer una plataforma de ideas y de acciones y de actitudes que nos vinculen solidariamente a lo que, también sin grandilocuencia, podríamos denominar los pobres de la tierra, los últimos, los que no saben la Thorá.

Para estar con los poderosos no estaríamos aquí, para estar con los poderosos ya estaríamos en cualquiera de sus agrupaciones. Si conocéis gente que haya desarrollado una teoría y una práctica del Tercer Mundo que no sea la manida tercermundista, lo podéis decir; yo no la conozco. Este sería el primer punto de inflexión.

Segundo punto: De todos es conocido el desencanto en que se mueve el hombre posmoderno. Tras la supuesta muerte de Dios, vino la supuesta muerte del hombre, y tras ella vienen los miedos babilenianos de esta crisis civilizadora en que mucho se hunde, hasta el extremo de que a las puertas del año 2000 vuelven los temores de si esto dará de sí o no dará de sí.

Sinceramente, nosotros pensamos que si Dios hubiera muerto, si hubiera muerto el hombre, entonces no merecería la pena vivir. Pero como apostamos porque merezca la pena vivir, porque la persona sea un fin en sí misma (para uno el final de sí misma, para otros no el final de sí misma), es por lo que queremos repensar qué queda todavía de las cenizas de la antropología y cómo cabría reconducirlo a un planteamiento sistemático y profundo del hombre. No alimbarar, no edulcorar, no hacernos falsas ilusiones sobre el hombre para desplegar una retórica más o menos elocuente sobre un espejismo; todo lo contrario: asumir la parte crítica que la posmodernidad lanza contra la persona y ver qué queda después de rescatable, de recuperable y de renovable. Por tanto, todo aquel que tenga talante teórico, capacidad metafísica y densidad de pensamiento, no sólo será bienvenido en este Instituto, sino que será constitutivamente exigido, porque tenemos una sed profunda de teoría. No queremos ser sacristanes, tañidores de campanas, operantes enloquecidos; deseamos vivamente repensar los fundamentos de la crisis civilizatoria, y para eso estamos aquí. Unos con más capacidad teórica, otros con menos, pero nada de lo que hay en la derecha o en la izquierda nos satisface teóricamente. En la historia de las ideas (y es una triste desgracia que en el momento en el que vivimos, que es el momento así denominado «democrático», España no se esté pensando a sí misma, no esté tratando de reconciliarse) nuestro pueblo está escindiendo en dos culturas: la cultura «*Ya*» versus la cultura «*El País*», todos nos ignoramos mutuamente; y el espectáculo del campanilismo será cada vez más lamentable. Necesitamos abrimos a una reflexión sobre el hombre, venga la verdad de donde viniere, porque la verdad no tiene ningún tipo de servidumbre ni está adscrita a nada más que a sí misma: es un trascendental. Junto a la vertiente práctica que nos vincula voluntariamente a los últimos (porque eso de que son la sal de la tierra que dijo Jesús lo repitió Marx

de otra forma, cuando afirmaba que el proletariado nada tiene que perder a no ser las cadenas), con nuestra vocación de auténtica sed de teoría, porque el riesgo máximo del personalismo es que tenga una buena voluntad, una buena ética y una mala metafísica, y esto será intolerable (y los que aquí estamos de hecho tenemos mejor voluntad que capacidad de pensamiento muchas veces), junto a eso, hemos nacido para creer adultos, no bajo la tutela estatolátrica de los poderes fácticos, sino para desarrollar la sociedad civil. Si nos quitaran el Estado, ¿qué sería de nosotros? Si nos quitaran las cúpulas, los vértices, los poderes, ¿qué sería de nosotros? Si nos dejaran que desarrollásemos nuestro proyecto político-sindical-social-humano en libertad, en la base, sobre el modelo de autogestión ¿qué sería de nosotros? Paráliticos y circuncidados por esas andaderas artificiales cada vez más férreas que nos reducen a la inmovilidad, que es todo lo que del Estado con sus poderes de arriba a abajo emana —el ejército, la policía, etc.—, ¡qué poco capaces seríamos de ofrecer alternativas de vida de barrio, de vida de grupo, de vida de comunidad, de vida de pueblo! Tú preguntas a un *progre* y lo único que hace es recitarte literalmente la antología de pensamientos del editorialista de «El País», porque desayuna con lo que piensan los editoriales de «El País», y si preguntas a una persona menos *progre* o *regre*, por el contrario, sus puntos de referencia serán los editoriales de otros periódicos que deberían estar a la izquierda y están muy a la derecha. Eso, desde luego, a un adulto bien nacido no le puede satisfacer. Por tanto, deseamos desarrollar un proyecto de sociedad civil y no de Estado, y, en cualquier caso, un proyecto de sociedad civil que reconduzca al estado a sus justos límites, que no son ni deben ser los del sueño hegeliano del Estado ético. El Estado no nos va a hacer mejores.

Por último, frente a la tendencia al desencanto controlado, a la retracción al invernadero, al consabido abstencionismo que no compromete, a la torre de marfil, nosotros consideramos que no basta con pagar a Hacienda, que ésa no es nuestra única capitación, nuestra única servidumbre, ni nuestra única contribución, sino que tenemos otra contribución, al menos tan importante, que consiste en unirnos coherentemente dentro de la pluralidad, para desarrollar un proyecto cultural de sujetos éticos, basados sobre la paideia de la no-violencia activa, de la objección de conciencia, de la reivindicación del oficio de maestro, de un montón de áreas de trabajo que están desatendidas y desprestigiadas y que nadie quiere asumir, y creemos que eso podemos y debemos hacerlo.

Como comprendéis, queridos amigos, os estamos pidiendo *militancia*, palabra harto vilipendiada. No os estamos pidiendo ni abstención ni triunfancia, sino militancia. Exigimos mucho; eso sí, a nadie se le va a poner una pistola en el pecho y a nadie se le va a pedir nada que él no quiera dar; esto es una exigencia que cada cual recogerá *ad modum recipientis*, según su modo de recibir.

No damos prebendas, sólo un carnet con una falta de ortografía; es más, esto puede sonar a iglesia, esto puede sonar a criptocristianismo y, por ende, a cirios, a algo sin futuro, a confesionalidad. Pero nosotros no somos la revista «Iglesia Viva», nosotros no somos la revista «Sal Terrae», nosotros no somos la revista «Laicado», nosotros no somos la revista «Comunión», nosotros no somos ninguna revista de la Iglesia ni ningún grupo eclesial; somos un grupo de laicos, de amigos, entre los que hay creyentes y no creyentes. La condición de creyentes

pertenece a la gracia y a la inspiración que cada cual haya recibido. No es que estemos en contra de la Iglesia, ni fuera de la Iglesia. Algunos estamos dentro de la Iglesia, pero el Instituto acogerá a todos, estén dentro o fuera de ella, con tal de que sea el suyo un proyecto humanista, personalista y comunitario. De manera que, por otra parte, allí donde no llegan esas revistas, allí donde no llegan esos ámbitos más o menos confesionales o cerrados, también ahí queremos estar nosotros. Y es ahí precisamente donde nos conducimos a la figura de *Emmanuel Mounier*, cuyo nombre hemos adoptado como patronazgo. Mounier no es para nosotros otra cosa que un buen y querido abuelo, alguien al que queremos porque su sola presencia y su sola referencia dice mucho para nosotros. Pero no es nuestro padre, ni es nuestro hermano mayor, ni nos debemos a él servilmente.

Mounier fue un muchacho que nació en 1905 y murió en 1950, cuando todavía no había cumplido los cuarenta y cinco años. Era un chaval que estaba empezando. No sabía mucho de filosofía. Sabía lo suficiente como para saber que no sabía. La Francia de los años cincuenta no era tampoco la España de los años ochenta. Han variado muchos parámetros. Los referentes no son los mismos. Sin embargo, hay una masa conceptual y hay una actitud vital que es idéntica en el fondo. Todo aquello que sea idéntico, lo asumimos; todo aquello que sea diferencial y específico, lo trataremos de estudiar. De manera que Mounier es nuestro abuelo queridísimo, nada más. Mounier no tiene hoy capacidad de convocatoria. Es un desconocido. Mounier es en nuestro país más desconocido que alguno de vosotros. Sin embargo, hemos querido apelar a él, no a Maritain, que no es nuestro proyecto, y no es que Maritain sea despreciable; no a Sturzo, que es todavía menos nuestro proyecto; no sólo a Levinas, no sólo a Ricoeur u otros que todavía viven o que no adoptan una actitud complexiva, global.

Hemos querido remitirnos a Mounier porque, entre otras cosas, no tenemos otro, porque entre los personalistas apenas hay gente, y los que hay, como decía Jesús Conill, son desconocidos, pues los filtros ideológicos y las estructuras de poder no permiten con gran facilidad dar a conocer ciertos tipos de pensamientos.

Una dificultad al llegar a este punto: Mounier es, verdaderamente, un prisma, es un poliedro, tiene muchas caras. Y de entre los que estáis aquí a lo mejor unos os sentís más llamados por el aspecto personal de vida interior de Mounier; otros, por cómo asumió su desgracia personal, su tragedia, su sentido del dolor; otros, por su sentido del cristianismo; otros, por su implantación en la Iglesia de forma renovadora; otros, tal vez, por su profunda apertura al movimiento obrero; otros, quizá, por su simpatía hacia el anarquismo y el comunismo crítico, etc., pero seréis tal vez pocos los que respecto de Mounier aquí tengáis una resonancia más bien global, prismática. Y éste es para mí el grave problema que tendríamos ya hoy al empezar: a saber, que partiésemos discapitados porque proyectásemos refractariamente nuestra imagen al mirarnos en cada una de esas caras del espejo desatendiendo a la totalidad, y entre nosotros no nos entendiésemos. No vale estar prendado sólo de la vertiente práctica y activa, ni sólo de la vertiente religiosa, o de la vertiente intimista: no es personalista aquel que desatiende la magnitud y la complejidad de todas las caras del prisma que constituyen el ser personal. Ayudarnos a encontrarnos, a buscar la identidad reconocitiva en esas caras del prisma, dándonos el aliento mutuo del que cada uno ca-

recemos en nuestra personal dimensión de todavía no crecimiento, constituye el proyecto más bello de este Instituto. Es, por tanto, su miseria, pero puede ser, igualmente, su riqueza.

No os quiero cansar, porque yo solamente venía a presentar; únicamente deciros ya por último que ahora viene la ponencia primera; se denomina «Por qué "Esprit" en Francia. Por qué el Instituto E. Mounier en España». La tendrá Antonio Ruiz, que está haciendo la tesis doctoral sobre E. Mounier, y luego cumpliremos escrupulosamente el horario. Nos interesa mucho no soltarnos rollos y rollos, sino que trabajaremos en común. Vuestra voz es precisa para nosotros; la nuestra ya la conocemos.